

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8260

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 18 de Mayo de 1889

## LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo: aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente á media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

## ECOS DE MADRID.

17 de Mayo de 1889.

Anteayer celebraron los madrileños como de costumbre la fiesta del Santo Patrono. Desde las primeras horas de la mañana la Pradera contenía en su estrecho y descarnado recinto á toda la gente alegre de la corte. El día fue magnífico; un cielo nublado amenazando con algunos chaparrones pero sin decidirse á desafiarse las iras de los romeros y de los vendedores de pitos, rosquillas y botijos, los cuales cuando llueve suelen apedrear al santo. Hubo rifas pero sin consecuencias graves. En fin se pasó el día agradablemente y ya se notaba en las calles y paseos que los madrileños habían ido á los alrededores de la ermita del Santo Labrador.

Este año han escaseado los forasteros. Suelen hallarse por los barrios bajos algunos lugareños de los alrededores de Madrid; pero no en los hoteles ni en los comercios, ni en los paseos, y los teatros se ven á los provincianos que otros años nos favorecían con su visita. Las esperanzas de los comerciantes, se han tornado en tristes desengaños, ó no hay dinero, ó no hay gusto; ó los viajeros reservan sus ahorros para ir á visitar la Exposición Universal de París.

Hasta en las poblaciones menos importantes, los municipios hacen lo posible por dar atractivos á esas fiestas anuales que redundan en beneficio del comercio y la industria y proporcionan solaz á los habitantes de los pueblos y á los forasteros que acuden á visitarlos. Aquí no se hace nada para atraer á la gente de fuera. Las empresas de ferrocarriles abaratan los precios, pero Madrid ofrece el mismo aspecto de todos los días.

Muchos comerciantes se han visto obligados á ir á las provincias ya que los provincianos no vienen á Madrid. En honor de la verdad, no es envidiable la situación que atraviesan los que han dedicado su capital, su inteligencia y su trabajo á la industria y al comercio en Madrid. Los ricos se surten en el extranjero. Trajes, muebles, coches, hasta manjares vienen para ellos de otras naciones. Los que se las echan de patriotas y se proveen en Madrid, suelen olvidarse á menudo de pagar

las facturas; y por estas y otras causas que omito no son dignos de envidia los que más contribuyen á engrosar el tesoro nacional. Y como por añadidura se proyecta aumentar los impuestos y sobre todo imponer á los contribuyentes la obligación de poner de manifiesto á la Hacienda sus interioridades, están que trianan.

Esto afecto lo mismo á los contribuyentes por industria en Madrid que á los del resto de España y unos y otros se agitan y protestan para evitar que sea ley el proyecto que ha de condenarlos á una fiscalización odiosa.

Pagarán la cuota establecida y además tendrán que dar parte del balance anual de sus libros. Si el 10 por 100 de sus ganancias es mayor que la cuota, abonarán este 10 por 100. De modo que si ganan, mayor contribución y si pierden, allá se las arreglen. Adios secretos, adios vida íntima: la Hacienda se meterá en nuestros hogares. Pero lo más horrible es eso—si prepara el proyecto, bastará una delación, para que un industrial sea sometido á los tribunales—Despierte un principal á un dependiente y éste denuncia al juez que D. Fulano de Tal no ha declarado con verdad sus ganancias. La víctima se ve obligado á comparecer en juicio, tiene que nombrar procurador y abogado, tiene que llevar sus libros al juzgado. Al fin y al cabo del examen resulta su inocencia, es absuelto y los gastos se declaran de oficio; pero ha perdido quince ó veinte días en ir y venir y ha tenido que pagar al procurador y al abogado. Puede sin duda pedir indemnización al denunciador; pero aunque le decreta el tribunal, esto representa otro pleito, nuevos gastos, nuevas preocupaciones y al final cómo cobra del dependiente si resulta que no tiene un céntimo?

Se explica que los industriales pongan el gruto en el cielo y trabajen para evitar que les saquen el dinero metiéndose en sus bolsillos. Basta con que ellos lo den aunque sea de mala gana.

Por fin terminó la primera parte del juicio oral. ¡Qué colección de figuras hemos visto pasar en esa linterna mágica! Salvo algunas excepciones, hemos podido formarnos una idea de la famosa corte de los milagros.

En cambio no hemos visto más que las sombras de los que según los indicios ejecutaron el crimen con la connivencia de la famosa Higijina.

Ahora oíremos unos cuantos discursos que serán sin duda muy elocuentes y es muy posible que antes de fin de mes se conozca la sentencia.

Muchas personas experimentadas creen que todavía hay tela para rato. Si el Tribunal Supremo casa la sentencia, puede este matrimonio ser fecundo en novedades.

—Casi casi somos nosotros los espectadores, los que vamos á ser condenados á crimen de la calle de Fuencarral perpetuo, decía uno de los que con más entusiasmo siguieron este proceso.

—Del mal el menos, contestó uno que ha sacado dos ó tres duros cada día, tomando vez y vendiendo el punto á los curiosos.

Nada se pierde en este mundo.

Julio Nembela.

## Varietades.

### LA VENTA DEL GALLO DE ORO.

Allá á principios del siglo existía, en la carretera que conduce de Arciniega á Loja y dos leguas antes de llegar á esta última población, una venta, que era conocida con el nombre del epigrafe que encabeza estas líneas.

Tenia fama en toda aquella comarca la referida venta, porque al decir de la gente, el ventero Juan, hombre muy avaro, era el primero en desbalar al pobre pasajero que se atrevía á pernoctar en su casa; añadiendo algunos, aunque esto no podía asegurarse, fuera aquél el jefe de la partida de saltadores que por aquellos contornos vagaba.

Pero antes de continuar digamos algo del tío Juan, que no siempre fue como lo presentamos á nuestros lectores.

Años atrás la venta del Gallo de Oro no existía, y si solo cuatro paredones, restos de morada que los horrores de la guerra había destruido.

El tío Juan llegó allí un día, con su mujer y una niña de pocos años, eligiendo aquel desmantelado hogar por suyo, y empezó á reconstruirlo, quedando en breve tiempo convertido en albergue de buenas condiciones.

Desde que se abrió al público aquella posada, Juan hizo, con su amable trato, fuera muy favorecida y adquirióse una gran parroquia; hasta el extremo de que muchos mayores y carreteros preferían pasar allí la noche y no hacerlo en Loja.

A esta predilección de unos y de otros no era extraño el gracejo de María la ventera y su hermosura; hermosura que á más de uno sorbió el seso, sin que María diera jamás motivo alguno por el que Juan pudiese mostrarse celoso.

Tranquilos y satisfechos de las ganancias que obtenían, los venteros dejaban trascurrir los días sin que pena alguna enturbiara su dicha; pero como no la hay duradera, sucedió que con motivo de un robo y asesinato cometido allí cerca, la justicia eligió por residencia para la averiguación de los hechos y del delincuente la tan renombrada posada.

Desde aquel momento volvió la fortuna las espaldas á aquella familia.

Huyó la paz de aquel lugar, porque el juez requirió de amores á María y ésta rechazó al principio, pero al fin cedió por grado ó por fuerza.

María desapareció de su casa, y su cadáver fue encontrado en el monte y entre unos zarzales.

Juan lloró mucho y juró vengarse.

Desde entonces se volvió huraño, avaro, sombrío, y sólo su hija, la lisiada Lolilla, obtenía algunas caricias de Juan.

Trascurrieron algunos años después de la muerte de María, y en este período de tiempo, ya había empezado á murmurarse por aquellos contornos, de la conducta equívoca del tío Juan.

Efectivamente era para sospechar al ver que el ventero admitía en su casa á hombres de mala catadura, con los que mantenía en habitación apartada, largas conversaciones; añadiendo á esto la serie de robos que empezaron á cometerse en aquella comarca, todo lo cual hizo que la clientela fuera desapareciendo, hasta el extremo que Lolilla, hecha ya una mujer y tan hermosa como su ma-

dre, se aburría por el escaso trabajo que había.

Una mañana corrió la noticia de que el presidente de la Audiencia de la capital había sido asesinado á poca distancia de la venta. El suceso era cierto, y con este motivo la justicia vino á instalarse de nuevo en casa de Juan, como había ocurrido años anteriores. Este se hallaba en casa, cuando el juez se presentó en ella; y al avistarse, un observador hubiera podido notar en el semblante del ventero una palidez mortal al mismo tiempo que un fruncimiento de cejas muy marcado.

Acomodóse en la mejor habitación, y Juan ordenó á Lolilla que le sirviese ella misma, encargándole al propio tiempo procurase estar atenta á todo pues él tenía que marchar á Loja á evacuar unos asuntos.

Hasta la noche, ya bastante adelantada, no volvió Juan á su casa. Una vez en ella llamó á Lola á su cuarto, le mandó sentar frente á él y entabló con ella la siguiente conversación:

—Recordarás, hija mía, que hace trece años que tu madre apareció muerta cerca de aquí, sin que nadie supiera quién era el autor del crimen.

—Sí, padre,—contestó Lola, agolpándosele las lágrimas á los ojos.

—Pues bien; lo que entonces nadie pudo explicarse, ni tú misma sabes, te lo voy á contar. Como en esta ocasión, en aquella, un asesinato se había cometido á poca distancia de aquí, en la encrucijada.

Vino la justicia, y en mi casa se alojó. Tu pobre madre era tan hermosa como tú, y su hermosura dió margen á los torpes deseos del juez; deseos que ella rechazó, encendiéndoles más y más negativa tal, nunca creída de esa gente que piensan no existen en el pueblo ideas de honra ni cariño puro y acendrado.

María me lo advirtió, y yo la aconsejé lo que debía de hacer, sobreponiéndome á la ira, que como tu puedes comprender, encendió en mí tal revelación.

Satisfecho estaba ya, cuando los ví marchar, y María á su vez al verlos desaparecer, se arrojó á mis brazos llorando y confesándome el miedo tan terrible que había pasado.

Como hacía todas las mañanas, en aquella, marché á Loja á efectuar varias compras.

Cuando volví por la tarde, tu madre había desaparecido; esperé inútilmente su vuelta, y á los tres días fué hallada muerta, como te dije, entre unos zarzales, con señales evidentes de violación, y el cuerpo lleno de heridas, resultado sin duda de la lucha que tuvo que sostener.

Mi desesperación fue grande; yo sabía cual era su asesino; pero, ¿qué hacer contra él?

Sin pruebas, sin testigos se hubieran reído de mí; y á la deshonra se unía la burla.

Desde entonces tu padre dejó de ser honrado, y declaró una guerra sin cuartel á la justicia.

Me trazó un plan para llevar á cabo mi venganza, pero cuando quise ponerlo en práctica, el asesino no estaba en la ciudad: entonces pensé á buscarlo, pero carecía de recursos, y me hice capitán de bandoleros, para con el robo procurarme el capital que me hacía falta. ¿Dejaba de ser hombre honrado? Me importaba poco, pues María me pedía venganza.

Trascurridos algunos minutos, que Juan empleó sin duda en coordinar sus ideas, continuó de este modo:

—Ahora bien, hija mía, lo que yo anhelaba, la suerte, la providencia, el azar, ó lo que sea, lo ha colocado al alcance de mi ma-